PRÓLOGO

[Sobre Geografía Histórica del libro *TUBARÁ: LA ENCOMIENDA MAYOR DE TIERRADENTRO,* por JOSÉ AGUSTÍN BLANCO BARROS]

HÉCTOR F. RUCINQUE

Citación sugerida:

Rucinque, Héctor F. 1995. Prólogo [sobre geografía histórica]. En: *Tubará: La encomienda mayor de Tierradentro,* por José Agustín Blanco Barros (Santafé de Bogotá, Centro Editorial Javeriano, CEJA, Colección Investigaciones y Memorias, 1995), p.17-24.

CEJA

CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Tubará
La encomienda mayor de Tierradentro

José Agustín Blanco Barros

COLECCION INVESTIGACIONES Y MEMORIAS

PRÓLOGO

El AUTOR *de Tubará me distinguió con el honor, muy grande, de permitirme leer el manuscrito, para escribir a título de prólogo, un corto comentario desde el punto de vista geográfico. Lo hago con muchísimo gusto, en proporción a las sabias enseñanzas que el texto erudito me ha deparado, y con la satisfacción de registrar una de las primeras contribuciones colombianas serias al acervo de la geografía histórica. Para empezar, me parece pertinente intentar una sucinta caracterización del autor, aun a riesgo de incurrir ante los lectores en pecados de insuficiencia en la ponderación debida y limitación de detalles, y ante aquél de golpear su modestia inveterada.*

El cultivo de la ciencia geográfica en Colombia por colombianos ha sido de rara ocurrencia. Los geógrafos verdaderos casi se pueden contar aquí con los dedos de las manos y no se exageraría con la afirmación de que los nacidos en este terruño en todo tiempo, todos están vivos, con algunas excepciones, mínimas por número, pero señeras por trascendencia histórica. Caldas y Vergara y Velasco suman la excelencia de nuestro ancestro y ganaron paternidad para nuestra geografía con un prestigio que tiende a opacar a los demás, muertos y vivos. Pero entre los últimos hay un personaje con cuyo nombre las próximas generaciones de geógrafos habrán de aumentar esa lista pequeña de las grandes figuras que practicaron su oficio. Me refiero, por supuesto, a José Agustín Blanco Barros, el autor de esta geografía histórica de Tubará (Atlántico).

El profesor Blanco —como es familiar y respetuosamente nombrado por colegas, discípulos y amigos— reúne en su hoja de vida títulos, obras científicas y merecimientos docentes y académicos muy singulares. Se vino de su nativa Sabanalarga, en el Departamento del Atlántico, a la Escuela Normal Superior de Colombia, en Bogotá, a finales del decenio de los años cuarenta. Es decir, ya en el epílogo capitalino de aquella benemérita institución, Blanco estudió ciencias sociales, y en las aulas y en la buena biblioteca de la Normal se saturó de todo lo que por entonces se podía aprender en Colombia. Sobre geografía, desde luego. Con plena conciencia y responsabilidad, y con el compromiso íntimo de proseguir su perfeccionamiento profesional, se declaró geógrafo, quizá sin decirlo a nadie, y como tal se graduó de Licenciado en 1950, así el diploma que le entregaron no especificara la especialidad. Licenciado, cuando ese título se entendía con mayúscula y no se lo entregaban a todo el mundo.

Tan reconocido era su talante académico de seriedad y autodisciplina que un año después, cuando la Normal fue parcialmente trasladada a Tunja, él fue una selección lógica para una posición docente en ciencias geográficas. Fue así como Blanco inició una brillante carrera de profesor universitario en lo que después se convertiría en Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, que lo llevaría luego a servir en otros centros prestigiosos como la Universidad Pedagógica de Bogotá, la Universidad Nacional y la Pontificia Universidad Javeriana, con un tiempo de trabajo investigativo de unos cuantos años en el Instituto Geográfico «Agustín Codazzi» y una corta temporada de estudios de postgrado en una universidad japonesa. En la Universidad Pedagógica de Bogotá recibió un doctorado, con especialización obviamente en geografía.

Sin desconocer el mérito científico —cuya prueba patente, amén de otras, es la presente obra— al Profesor Blanco se le reconoce en la comunidad académica como eso: un profesor, un maestro. Exigente, riguroso en la cátedra, preciso y metódico en la función de transmitir conocimientos y educar para el análisis y el autodesarrollo intelectual, intemperante con la mediocridad, intérprete a veces un poco frío

de la fenomenología geográfica, educador siempre cálido cuando de estimular a sus estudiantes se trataba. De esa acción sobre varias generaciones de licenciados en ciencias sociales, en lo que a la geografía concierne, hay efectos evidentes. Buenos maestros de la secundaria en esa área del saber; y el impulso para que unos cuantos afortunados se enrumbaran definitivamente como geógrafos profesionales a través de la formación postgraduada. Pregúntesele a quienes han tenido el privilegio de su égida docente y, seguro estoy, concurrirán con mis apreciaciones.

Una muestra de la enjundia científica de Blanco es este trabajo sobre la Encomienda Mayor de «Tierradentro», como en los tiempos coloniales se llamaba el actual Departamento del Atlántico. En esta investigación de archivos y documentos bibliográficos varios, centrada en el pueblo de indios de Tubará, se conjugan muy bien la experiencia del geógrafo físico que distinguió las preferencias de Blanco en sus años de catedrático, con la inclinación más reciente por el trabajo investigativo en el campo cultural e histórico. Como constatará el lector, se trata de una indagación aún en progreso, meticulosamente ceñida a la evidencia documental. El resultado concuerda con la observación de Carl Sauer, quien decía que «la reconstrucción de culturas pretéritas es una pausada tarea detectivesca para recoger las evidencias y entretejerlas»[1].

La geografía histórica es una especialidad de desarrollo moderno, pero que tiene —como muchas otras tradiciones intelectuales— ancestros muy remotos. Es, si se quiere, un subproducto de la estrecha relación que desde siempre ha existido entre la geografía y la historia. Herodoto, a quien se suele acreditar la paternidad de una y otra disciplina, comprendió mejor que nadie, el soporte que ellas se prestaban entre sí, y por su bien lograda recreación de geografías

1 SAUER, CARL O., *Foreword to Historical Geography*, Annals AAG. 31, 1-24. 1941 (Reimp. en John Leighly, ed., *Land and Life: A Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, University of California Press, Berkeley, 1963) pp. 351-379. Hay una versión española, reproducida en *Geografía UN*, Revista de Geografía, Universidad Nacional, Bogotá), Vol. 1, N° 1, 1980, pp. 35-56).

anteriores a su época se le considera como el primer geógrafo histórico[2].

La geografía moderna empezó a sistematizar el enfoque histórico en el tratamiento de ciertos temas de la geografía humana. Para Sauer —uno de los reconocidos maestros del campo— el propio «padre» de la geografía científica, Humboldt, nos dejó en un clásico de geografía histórica Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne, *París publicado en 1811 uno de los tratados de sus viajes relacionado éste con México. El enfoque genético en geografía humana fue propugnado por otros alemanes de la generación clásica, especialmente por August Meitzen y Eduard Hahn, a finales del siglo XIX, y subsiguientemente por el propio Alfred Hettner, primer gran metodólogo de la ciencia geográfica.*

Contrario a lo que pudiera pensarse, el reconocimiento de la geografía histórica, como rama de la geografía general, no ha estado exento de controversia. En The Nature of Geography *se arguye, por cierto con muy buenas razones, que tales estudios deberían estar en manos de los historiadores, sin que ello implique descalificación científica, pero sí ubicación lógica*[3]. *La discusión sobre si el tratamiento histórico de fenómenos espaciales debe ser oficio de geógrafos o historiadores probablemente continuará, aunque ante la casi general indiferencia de los propios cultores de este énfasis en su labor investigativa. Conviene recordar que la explicación de los fenómenos que ocurren en la superficie terrestre puede considerarse, entre otros, desde dos puntos de vista: el temporal o histórico y el espacial o geográfico. Estas alternativas de explicación son casi universalmente aceptadas por historiadores y geógrafos, y no tienen por qué ser necesariamente excluyentes. Son lo que Sorre*[4] *denomina, respec-*

2 JAMES, PRESTON E., and MARTIN GEOGGREY J., *All Possible Worlds: A History of Geographical Ideas*, 2nd. ed., John Wiley, New York, 1981.

3 HARSTSHORNE RICHARD, *The Nature of Geography*, The Association of American Geographers, Lancaster, Pennsylvania, 1939.

4 Cfr., SORRE, MAX, "Le rôle de l'explication historique en géographie humaine", en *Mélanges géographiques offerts a Philippe Arbos*, 2 vol., Clermont-Ferrand, Imprimerie G. de Bussac, 1953, pp. 19-22

tivamente, explicación genética y explicación ecológica, referidas a acciones, reacciones e interacciones entre el hombre y el medio circundante, pasadas o actuales.

En la geografía, la idea de muchos es la de estudiar la dimensión espacial de fenómenos selectivos como ocurrieron en el pasado. En este caso, los datos son históricos, pero el método de análisis es geográfico, como anota Darby[5].

Con esa perspectiva, en cuanto que la pretensión es reconstruir la geografía de un espacio dado en un tiempo específico, se podría pensar que toda geografía «actual» es potencialmente «histórica». Sólo basta dejar que el tiempo transcurra. Pero ello resulta, como también puede decirse, de hilar muy fino. De hecho, únicamente se reconoce como geógrafo historiador a quien en la actualidad, valiéndose de archivos, publicaciones y de la astucia reconstructiva de otras especialidades interesadas en el pasado, rehace la geografía pretérita y la analiza e interpreta con una óptica de valores necesariamente muy diferentes de quienes actuaron en ese contexto pasado. Técnicamente, se puede arguir que una geografía regional escrita hoy sobre fenómenos asociados espacialmente en un escenario contemporáneo, sería más apropiadamente considerada como fuente de datos para quien en el futuro opte por escribir sobre esa misma región con sentido histórico referido a nuestros días. Por otra parte, hay que recordar que también es geografía —histórica, y para muchos la más significativa y cautivante— aquella que explica un fenómeno actual en términos de los procesos de origen y cambio a través del tiempo.

No podría afirmarse que existan una o varias corrientes teóricas conspicuas, que identifiquen y definan claramente la naturaleza y metodología de la geografía histórica. Se reconoce, por supuesto, el esfuerzo que en tal sentido han hecho varios tratadistas, especialmente la notable contribución de Andrew Clark de Wisconsin, a quien, además de un ingente trabajo sustantivo en este campo, se debe el

5 DARBY, H. CLIFFORD, "On the relations of Geography and History", en *Transactions and Papers of the Institute of British Geographers*, Nº 19, 1954, p. 4.

primer examen crítico e historiográfico de la especialidad[6] *y su impulso a la misma a través del* Journal of Historical Geography, *fundado en 1975. En el editorial del primer número de esa revista se enfatiza que allí «no se promoverá ningún dogma particular sobre la naturaleza de la geografía histórica o sobre sus relaciones con la geografía o con la historia». Por cierto, esa ha sido la casi unánime actitud de los geógrafos historiadores: la renuencia a encasillamientos de cualquier índole. Sauer, uno de los más conspicuos y productivos geógrafos históricos, en su famoso «Prólogo a la geografía histórica» se cuidó muy bien de dogmatizar metodologías o de propugnar un determinado paradigma, aparte de enfatizar la importancia de estos estudios y el derecho de sus cultores a tener un espacio en el mundo de la academia. Él ni siquiera se preocupó por restringirse a sí mismo como geógrafo historiador, mostrándose más a gusto con que se le ubicara dentro del área tan claramente diferenciada de la historia cultural. El énfasis que sí subraya el pensamiento saueriano es el de la dinámica del cambio cultural. Su convicción era que la «clase de entendimiento que debe buscarse (en geografía histórica) es la del análisis de origen y procesos»*[7].

Por encima de estériles polémicas, la geografía histórica ha hecho progresos notables en producción sustantiva durante los últimos dos o tres decenios. Desde la ya citada reseña de Clark (1954), ese desenvolvimiento se ha registrado en inventarios críticos como los de Ehrenberg (1975), Baker (1977) y Prince (1980), referidos casi exclusivamente a publicaciones en idioma inglés[8]*. Allí se nota la vitalidad de esta parcela investigativa. No ocurre lo mismo con la*

---

6 CLARK, ANDREW H., «Historical Geography», en *American Geography: Inventory and Prospect*, PRESTON E. JAMES, AND CLARENCE F. JONES Editores, Syracuse University Press 1954, Syracuse, NY, pp.70-105.

7 SAUER, CARL. *Op. cit.*, p. 360.

8 BAKER, ALAN R. H., «Historical geography», en *Progress in Human Geography*, vol. 1; 1977, pp. 465—474., EHRENBERG, RALPH E., ed., *Pattern and Process: Research in Historical Geography DC.*, Horward University Press, Washington, 1975.PRINCE, HUGH, "Historical geography in 1980", en *Geography yesterdad and tomorrow*, E., H., BROWN, ed., Oxford University Press for the Royal Geographical Society,London, 1975, pp. 229-250.

geografía histórica de la región latinoamericana. Lo escrito sobre estos países, hay que enfatizarlo, es obra de extranjeros, singularmente de geógrafos norteamericanos. Extraña, sí, que hasta ahora no se haya elaborado ningún «review» sobre investigaciones en geografía histórica por la comunidad latinoamericanista, tema frecuentemente ausente en los periódicos inventarios que desde 1970 ha publicado la Asociación de Geógrafos Latinoamericanistas —CLAG—, a pesar de la importancia que a estas cuestiones han concedido geógrafos de la talla de Carl O. Sauer, James J. Parsons, Robert West y William M. Denevan, entre otros.

Desconcierta lo limitado del esfuerzo investigativo en esta especialidad de geógrafos colombianos —y latinoamericanos en general— si se tiene en cuenta la gran riqueza potencial de temas y el acervo documental depositado en archivos locales. Y a pesar del camino que parecerían haber trazado los muy provocativos estudios de Parsons[9] sobre Antioquia y las islas de San Andrés y Providencia, traducidos al español, por más señas. La explicación de la escasez de interés por la geografía histórica habría que buscarla en la limitación numérica de la profesión en el pasado; mas con el evidente aumento en el número de geógrafos jóvenes activos, no sé de ninguno que esté trabajando en esta área especializada.

La incursión sistemática del Profesor Blanco en la geografía histórica, es, pues, muy prometedora, tanto en lo que de él mismo se pueda esperar con la continuidad de sus investigaciones, como la apertura que él está haciendo en calidad de pionero nativo de esos estudios.

El impacto de la irrupción conquistadora de las huestes de Pedro de Heredia y la subsiguiente colonización de Tierradentro, estructurada alrededor del régimen de la encomienda, es el tema del presente trabajo. Un paisaje cultural amerindio, con 1500 años o más de evolución tras de sí, en un escenario natural de muy limitadas

9 PARSONS, JAMES J., *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica*, Banco de la República, Bogotá, 1964., y PARSONS, JAMES J., *La Colonización antioqueña en el occidente de Colombia* 2a ed., Banco de la República, Bogotá.

posibilidades, se retrata súbita y radicalmente afectado por unas instituciones políticas, religiosas, económicas y sociales —en fin, culturales— abismalmente extrañas. Los usos del suelo, la asociación del indio con la tierra, serán cambiados de manera violenta, y el tránsito hacia el nuevo orden, idealmente concebido en la Corte como un regalo redentor que habría de darse a través de normas bondadosas, es patéticamente burlado por encomenderos y administradores coloniales. Sin duda, el lector será fascinado por el relato que reconstruye el autor, de todo ese proceso de sustitución cultural forzada y de la aparición de una brecha socioeconómica aberrante entre encomenderos y terratenientes ricos y los indígenas y mestizos paupérrimos, que en gran medida se perpetúa hasta nuestros días. La utilización del dato histórico recogido en archivos es rigurosa, y a los investigadores que eventualmente insistan en el tema explorado por el Profesor Blanco se les encima la disponibilidad prácticamente completa de las fuentes consultadas en un apéndice documental reconstruido con toda fidelidad, con explicaciones parentéticas actualizadas cuando era necesaria la traducción paleográfica.

La geografía y la historia —y la ciencia social, en general— se enriquecen con este aporte notable de José Agustín Blanco. Estábamos en mora científica de enfrentar la exploración de nuestros mundos pasados. Allí hay mucha geografía por descubrir, y de su explicación analítica surgirán, a no dudarlo, algunas de las respuestas que hemos estado buscando para las incógnitas del presente.

H.F. Rucinque
Geofun